

Alina Kurchina, 9 «D» 14 años

El milagro es simple

Un día, en una pequeña ciudad completamente desconocida, vivía un niño llamado Osvaldo. Su mayor sueño fue celebrar el Año Nuevo como todos los chicos de su edad con decoraciones, el árbol de Navidad y regalos.

Pasaba horas mirando el mostrador de la tienda de adornos navideños y soñando con tener al menos un pequeño juguete. Le gustaba en especial la gran bola en la que brillaban las estrellas, pero era muy cara.

Desde muy pequeño, Osvaldo vivía con su abuela en una casa pequeña en el norte de la ciudad y era tan pobre que no podía comprar ni la comida para la fiesta.

El último día antes de las vacaciones del invierno, mientras su maestra hablaba con los chicos sobre la fiesta, Osvaldo miraba con tristeza por la ventana.

- Carla, ¿Cuál es el símbolo del Año Nuevo para ti? - la maestra preguntó alegremente.
- Probablemente, son mandarinas y varias golosinas, ¡las preparamos con toda la familia!
- Que rico, Carla.

Entonces la maestra se dirigió a Osvaldo:

Osvaldo, ¿por qué estás callado? ¿Ya has puesto el árbol de Navidad?

Osvaldo no respondió, guardó silencio y no pudo mantener sus lágrimas. El niño salió corriendo de la clase y corrió hacia donde miraban los ojos. Por el camino, veía luces brillantes en las ventanas, apartamentos decorados y chicos felices.

Mientras tanto en la escuela, después de las clases, la maestra preguntaba a los alumnos qué le había pasado a Osvaldo.

- ¡Es que es de una familia pobre, profe, ni siquiera tiene un árbol de Navidad! - dijo May.
- El año pasado tampoco fue con nosotros al espectáculo del Año Nuevo porque su familia no tiene dinero - dijo Carlos.

La maestra les explicó a los chicos que hay muchas familias a las que les falta dinero y que no tienen la oportunidad de comprar todo lo que les de la gana, pero no es motivo para burlarse de ellos. Les dio mucha vergüenza a los chicos por no haber prestado bastante atención a su

compañero de clase y una de las chicas propuso ayudar a Oswaldo y decorar su casa. A la maestra le encantó la idea y también decidió a apoyar a los niños en este asunto.

Un día toda la clase con la maestra fueron a la casa de Oswaldo. Uno trajo guirnaldas, otro trajo bolas y juguetes de Navidad. La maestra compró el nuevo árbol de Navidad. La casa de Oswaldo brilló con colores brillantes y se animó. Su abuela estaba muy conmovida por tal acto de los muchachos. Mientras ellos estaban decorando la casa y ayudando a la abuela del niño a preparar diferentes platos, se estaba anocheciendo.

Oswaldo volvía a casa por el callejón donde estaba su tienda favorita, quería echar un vistazo a su bola favorita. Entró en la tienda y se exclamó al descubrir que la bola se había desaparecido. Aún más triste, el niño corrió hasta su casa.

Ya era de noche cuando se acercó a su patio, oyó el sonido de la música y vio que las ventanas de su casa ardían con diferentes colores. No creyó en sus ojos y se dirigió adentro. Desde la casa se olía a dulces, pollo frito y frutas frescas.

Cuando Oswaldo entró en casa, los chicos se tomaron de manos y comenzaron a gritar: "¡Feliz Año Nuevo!". El niño se congeló de felicidad con una sonrisa tímida, temiendo que fuera un sueño. Al centro salió la abuela, quien con una linda sonrisa llena de amor, le entregó a Oswaldo una cajita con un pequeño lazo rojo. El niño desató suavemente el arco y abrió la caja. Allí yacía la misma bola con la que soñaba. Ahora está colocado en su escritorio y alegra al niño todos los días. Esta noche, la sonrisa no desapareció de su rostro. Por primera vez, había tantos invitados y risas infantiles en esta casa. ¡Fue entonces cuando el pequeño Oswaldo descubrió qué es el verdadero milagro del Año Nuevo!

